

Para Montequero,
con un afectuoso
saludo de

Mi amor

Fania

Bairn

1987



Tres momentos del girar de una vida

1/2/87

"La desesperanza"

Por José Donoso

(Seix Barral-Biblioteca Breve)

EL crepúsculo, la noche y la mañana. José Donoso, el inefable Pepe, ha dividido en tres partes su última novela: "La Desesperanza". Tres partes correspondientes a tres momentos distintos de las veinticuatro horas de cada día, y de las innumerables horas de una vida. En este caso es la vida de Mañungo Vera, que simboliza a tantos exiliados y a buena parte del pueblo chilenos. Mañungo retorna a Santiago en una situación muy particular, situación que temporalmente coincide con la de la muerte de Matilde Neruda, última mujer del célebre Pablo Neruda. Situación que, en lo político, calca una realidad confusa y dolorosa.

Mañungo ha militado en la izquierda; su fama, lograda desde otras latitudes, se basa en las canciones de denuncia y de protesta. No por eso deja de tener las vanidades y los remilgos que impone el escenario y que medran con la popularidad. Le gusta ser reconocido y, pese a su ideología, se resigna a su rol de objeto de consumo. A la obsolescencia. El retorno a su país de origen -a su país de amor- le revela no sólo la realidad de una dictadura, sino también la posibilidad de otras realidades futuras, igualmente tenebrosas. París ha quedado en una zona de luz que pertenece a un pasado reciente -para Mañungo-; ahora es Chile quien se impone en una cotidianeidad de miedo, de desconfianza, de progresiva corrosión espiritual.

El tema ha sido tratado por muchísimos escritores en América latina y en nuestro país. Tanto se ha abusado de él que resulta más anecdótico que literario, en la mayoría de los casos. El oportunismo -cuando sobrevienen las democracias- desvaloriza la nobleza de ciertos propósitos supuestamente dignos. Pero José Donoso es un escritor, no un plumífero, y logra en esta novela una creación que perdurará no sólo por su valentía -no debe ser fácil escribir así y decir lo que se dice *viviendo* en Chile-, sino también por sus calidades estéticas.

El autor no se queda en el drama político, no se detiene en el desencuentro, no se regodea en la tortura y en el crimen.

Todo eso está, y está claro. Pero la manera de tratar al personaje central, la manera de no deslindar lo personal de lo social, la manera de trazar historias paralelas, circunstancias coincidentes o disidentes, convierten a la novela deliberada en una fluida lectura. ¿Por qué? Porque Donoso no desdeña eso que tantos novelistas desconocen: la poesía.

Y la poesía está en la magia descriptiva, en los rasgos de personajes como Nadja, Ada Luz, Judit. Está en las divagaciones oníricas que aparecen subrepticamente y se imponen. Está en la humillación. Está en la ilusión. Está en la desesperanza. El análisis del protagonista y de la constelación que lo rodea desenmascará componentes individuales, capta factores histórico-sociales que presionan, deforman y -lamentablemente- a veces conforman. Esos factores histórico-sociales no engendran únicamente hechos colectivos; hieren con una impronta trágica e indeleble a cada hombre, a cada mujer, a cada niño, a cada anciano.

Neruda y Matilde aparecen a menudo en el transcurso novelístico. No han sido "usados" aquí como lo fueron en tanto pasquin y tanto mamotreto precedente. Son huamnos y están vivos, renacen en el texto, hablan. Son símbolos inolvidables. Su realidad hace verosímil todo lo vivido por Mañungo. Su ausencia es, oh paradoja, una presencia que marca tanto al crepúsculo como a la noche y a la mañana del devenir narrativo.

Esta novela no se parece a otras de Donoso. Sin embargo el estilo del autor se manifiesta con sus obsesiones características, que lo hacen inconfundible en la literatura latinoamericana. Los errores de la razón se equilibran con los aciertos de la intuición, la vigilia y el sueño no tienen fronteras exactas, el objetivo literario y un indudable e indiscutible profesionalismo cristalizan en la espontaneidad de lo contradictorio.

"¿Dónde está la inocencia? En la voluntad de crear", decía Nietzsche, creo. Y la inocencia surge, límpida y fulgurante, de la lectura de una obra necesaria no sólo por el momento en que se publica. También por los que pueden sobreenir (329 páginas).

Eduardo Gudiño Kieffer

(c) LA NACION